
DISCURSOS

ACTO DE INVESTIDURA DOCTOR *HONORIS CAUSA* POR LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

Francisco Murillo Ferrol

Catedrático Emérito de la Universidad Autónoma de Madrid

Yo debiera dar las gracias por las cosas que sobre mí ha dicho ese alma de Dios que es el profesor Cazorla. Sin embargo, uno, que se conoce a sí mismo y sabe la distancia que hay entre la intimidad y los logros formales externos, lo que siente es vergüenza de cómo los demás pueden verle. Por eso me atrevo a deciros: no hagáis caso del *curriculum*, que es cosa más o menos burocrática. Ante vosotros está, pura y simplemente, un hombre en los umbrales de la tercera edad (ese eufemismo que han inventado los jóvenes para hacernos más viejos), que agradece vivamente en la parte que me toca las deferencias de esta Universidad y de vosotros mismos, que habéis preferido estar aquí a gozar del estallido de la primavera.

Ahora yo debiera callarme, porque es mejor hacerlo y que se sospeche que uno es tonto, a abrir la boca y disipar cualquier duda al respecto. Me coacciona, sin embargo, la tradición, y por ello sigo, aunque no se diga que no estáis advertidos.

No resulta fácil hacerse a la idea de que en Granada, mi propia tierra, tengo que dirigirme a granadinos y no granadinos que forman la Corporación universitaria. De una Universidad como ésta donde se han pasado tantos tramos en los tiempos de estudiante y aun de profesor. Desde la llegada tímida a estos patios por primera vez hace medio siglo hasta el paso por los mismos, ya de profesor, pero no menos tímido y achicado por la tradición que rezuman.

Me ha costado decidir sobre el tema que hoy desarrollaría ante vosotros. No debía ser un discurso de pura circunstancia, pero tampoco quería que fuese una disertación académica y neutra para salir del paso. Me consideraba obligado a hablaros de algo que aludiera a vivencias que pudierais compartir conmigo, a un objeto de interés común que nos uniese al menos durante este tiempo de mi perorata. Tiempo que, tranquilizaos, procuraré hacer lo más breve posible.

¡CÓMO SOMOS LOS GRANADINOS!

¡Cómo somos los granadinos! Esto lo digo no interrogándome, sino entre signos de admiración. En efecto, tenemos peculiaridades como todos los pueblos, pero son tales que los extraños propenden a considerarnos muy singulares y, por supuesto, no siempre para bien. Incluso resulta difícil decir si el saldo final, pro y contra, resulta favorable o adverso. Yo más bien creo lo último, pero no adelantemos las cosas.

Por de pronto, no tenemos fama de expansivos; antes al contrario, de retraídos y concentrados. Con lo que nos distanciamos considerablemente de la imagen usual del andaluz dicharachero y chistoso. Incluso parece que en lugar de graciosos tenemos otra característica opuesta, que todos sabemos cuál es, y a la que me referiré dentro de un momento.

Al parecer, tenemos mala sombra, por decirlo suavemente. ¿En qué consiste? Lo he pensado muchas veces, me he observado a mí mismo y he procurado observar a los demás. Mi conclusión es que esa decantada malasombra granadina, por decirlo con cierto empaque pedante, consiste en la destrucción espontánea, sin mala intención, incluso cariñosa, del mito subjetivo. Se entiende, machacarle el mito al que va estrenando traje, al que presume de caballo, de casa, de coche, de libro. Incluso de mujer. El granadino le encontrará rápidamente los vicios ocultos de la cosa: la arruga en la espalda, la mala cara, la cojera disimulada, y lo dirá incontinenti. Pocos mitos de la vida cotidiana pueden aguantar esta corrosión implacable.

El mecanismo puede funcionar cara a cara. No es simple murmuración. Y, en todo caso, lo que tendría mala sombra sería el contenido mismo de la murmuración. Pero, ojo. No se trata de que seamos «bordes» o «gafes» o, simplemente, groseros. La cosa funciona tanto con personas a las que apenas conocemos como en la intimidad familiar más estrecha.

¿Se trata de un fondo de envidia? ¿Hay un inconsciente colectivo de mala intención? ¿O es el intento de aplicación de un rasero igualitario: la igualación por los defectos? ¿Es el resultado de la lejana convivencia de gentes de distinta religión, al menos presuntamente? ¿Quién o qué nos ha infiltrado ese rasgo, que en definitiva supone una específica concepción del mundo? Una visión pesimista y desengañada, en la que se espera que siempre alguien o algo haya estropeado el más flamante de los trajes, la más hermosa de las novias o la más amable de las situaciones.

LA MALA PISADA

Respecto a la palabra en sí misma, Corominas dice que viene de «hollar», «pisar», en lo que sigue a Covarrubias. (Francés: *fouler*, hollar.) Sería, por tanto, «mala pisada» (sin segunda intención, aunque es inevitable el sentido de referencia al gallo); en definitiva, «mala pata» para el castellano de uso corriente.

Quizá habría que distinguir dos planos. Hay la que existe, la que llevamos todos en la masa de la sangre y se nos escapa por las costuras de la convivencia, del lenguaje cotidiano con los demás. Es un rasgo cultural que interiorizamos en la socialización. Pero hay también la que puede tener una persona como tal, como una propiedad inherente. ¡Fulanito es un mala... sombra!, decimos. ¡Qué alquitarados niveles de concentración no mostrará esto! Todos los ejercemos, pero algunos la personifican. Diríamos que existe como visión del mundo, generalizada, y como estricta observancia, personalizada.

Somos también la «tierra del Chavico». Creo que aquí no hay simplemente una actitud colectiva frente a la moneda, el dinero, sino un talante o temple frente a los bienes materiales. Lo notable es que no es una característica de pobres, sino de ricos. Es un conservadurismo o parsimonia que un sociólogo llamaría tendencia al consumo antiostentatorio. Elude, como actitud colectiva, el mal gusto ostentoso del nuevo rico, que en otro lugar he señalado como un rasgo de la sociedad española actual.

Gerald Brennan, como en otras ocasiones, da una explicación plausible: la vega y su aislamiento. «Puesto que el estado de los caminos y la lejanía de los mercados no permitía que se exportara otro producto que la seda, el coste de la vida cayó en adelante a muy bajo nivel. Granada llegó a conocerse como la *tierra del ochavico*, porque apenas nada costaba más. Según un novelista, Juan Valera, una familia podía alquilar una buena casa con criados y caballos y comer las mejores cosas por 600 reales (cinco o seis libras) al mes. Y el hotel más caro costaba sólo seis reales (un chelín) al día. Ésta era la situación cuando, en la primavera de 1807, Chateaubriand hizo su famosa visita y puso la Alhambra en el mapa de los románticos. Y continuó sin mucha alza de precios hasta 1870, cuando se terminó el ferrocarril a Málaga, y un viaje que se había llevado tres días se podía hacer ahora en uno. (Todavía no estaba la RENFE.) Luego, la agricultura comenzó a rendir gradualmente más y durante la primera guerra mundial se hicieron pequeñas fortunas con la remolacha y los chopos de rápido crecimiento» (*South from Granada*, Nueva York, Grove Press, 1958, p. 231).

Sea como fuere, tengo para mí que no tenemos detrás una cultura utilitaria, burguesa. Tampoco una concepción señorial de la vida, en el sentido de dominar la naturaleza dominando al hombre, como sostuvo para todo el país un granadino, Américo Castro. Sino una filosofía que consiste en renunciar, esconderse (en una «recacha») y dejar pasar la vida con unas pocas cosas que se consideran importantes. La lectura, la música, los amigos; simplemente, el paisaje.

El trabajo se intercala como lo irremediable, lo que hay que hacer con dignidad, pero con pudor. Tenemos que disimularlo, si no como un vicio, al menos como algo que no da mucho lustre y cuyo esfuerzo hay que ocultar a los demás. Nos resultan impúdicos quienes blasonan o se quejan de realizar mucho trabajo. Hay que tener el garbo de hacer las cosas sin que se vea lo penoso de producirlas, algo que, como se sabe, preocupa de siempre al artista de todas las latitudes.

Desde Veblen, los sociólogos hablan del consumo ostentatorio. Aquí habría que hablar del ocio ostentatorio, que enmascara hacia fuera la creación. La creación, se entiende, de la propia vida personal. El granadino aspiraría a tener una agenda de ocios, en la que se dejaran en blanco precisamente los huecos que es forzoso dedicar al trabajo. Por ello, el granadino trasplantado (y somos muchos) ha de llevar una doble contabilidad de su tiempo. Aquella que le exige su entorno, y aquella otra recóndita de los ocios y las contemplaciones, aunque casi siempre ésta ha de quedar muy reducida. Del trabajo y del dinero es mejor no presumir. Claro —y es su otra cara— que esto no encaja mucho con la imagen del empresario de Schumpeter.

¿Habrá algo más antiutilitario que la juncia del Corpus, los repartidores de biznagas de nardos o los cultivadores de patatas de siembra que no sirven para la mesa? Como los «pescadores» de vencejos en las torres de la Alhambra cuando Washington Irving; los patios de las viejas casas, tan frescos en el largo invierno; o llamarle el Salón a uno de los paseos más oreados de Europa.

Y ya que miento el frío me viene a la cabeza el arma tradicional de Granada contra él: la camilla, o sea, la narcosis. Es una mesa con frazadas de cama. Produce una situación intermedia entre el sueño y la vigilia. Tal vez la ensoñación. Que se une también a la ligera somnolencia por la falta de oxígeno que ocasiona el brasero. Quizá un «porro» *avant la lettre*.

LA RAÍZ: LA TIERRA

Por otra parte, Granada es un aglomerado urbano, cuyos habitantes se sienten urbanistas, como diría un sociólogo de nuevo cuño. Pero en el fondo siguen considerando que la raíz de todo está en la tierra: cortijo, casería o marjal. Como me señalaba un amigo y compañero aquí presente, alguien puede poseer fábricas, acciones o edificios, pero lo que en el habla diario designa con la expresión «lo mío» es la tierra. Sigue otorgándosele valor social a la tierra como objeto de propiedad, pese a toda la destructora especulación del suelo urbano en las últimas décadas. Se trata, hemos de reconocerlo, de una fisiocracia anacrónica, que ahora se está intentando resucitar para todo el ámbito de la comunidad andaluza.

Sentimos, decía, el pudor del trabajo y el de la riqueza. (Acaso, sin embargo, haya demasiada ostentación en la «medalla», el jamón, para mostrar públicamente que si no somos cristianos viejos, al menos no nos repugna el animal inmundos)

para los infieles.) También nos afecta el pudor de lo patético. Hasta el punto de afectar cierto estoicismo, o al menos aparentar que no es con nosotros. Simulamos un distanciamiento de las cosas y de las situaciones. Carecemos de la extroversión de otros andaluces. El ser taciturno y parco en palabras es uno de nuestros principales contrastes con el andaluz occidental, incluido el cordobés. El granadino carece de facundia, salvo quizá cuando, irritado, maldice. Su humor es socarrón y a veces se le ve gotear por dentro, delatado por la mirada irónica y acaso sarcástica. No es inofensivo este humor. Erosiona bases importantes de la persona. Su entidad misma, tal vez. Solemos ser malpensantes. Y con frecuencia, si manifestásemos el humor, sería un problema de Juzgado de guardia.

ANTICLERICALISMO

¿Es Granada una ciudad levítica? Digamos que por la cantidad, posiblemente, lo es. En el centro, el Palacio y la Curia, el Cabildo Catedralicio y la Capilla Real, el Seminario, los jesuitas y Santo Domingo. Más lejos, la Cartuja y el Sacro Monte. Amén de multitud de iglesias y conventos, repartidos en todo el casco antiguo. Esto se corresponde, naturalmente, con un sano anticlericalismo. Y una escasa fe en las virtudes personales del clero, pocas veces manifestada explícitamente. Creo que nos atraen las formas de piedad poco jerárquicas y de simplicidad de vida. De aquí el éxito urbano de San Juan de Dios y Fray Leopoldo de Alpanseire.

Hay en la ciudad varios lugares sacros incluso para los no creyentes, porque «haberlos haylos». Las Angustias, Santa Rita, el Cristo de los Favores, Fray Leopoldo, Conchita Barrecheguren, según la devoción de cada cual. El Cristo del Realejo: allí está haciendo favores a la gente. Un recurso que está fuera de la Constitución y del Defensor del Pueblo, al alcance del ciudadano más o menos creyente. Para mí que la del granadino es una religiosidad intimista, de *by-pass*. Propendemos a saltarnos instancias para tener contacto directo, inmediato, con lo misterioso.

Hay todavía mucho campanario en la ciudad, aunque ya no venga el ritmo vital marcado por las campanas, como hace años. Ya se sabe que la siesta se llama así por la hora canónica sexta. Y se oían los toques del Angelus y de las Animas. Incluso, siendo niño, recuerdo oír tocar a fuego con las campanas; un código de toques, que sabían los mayores, permitía conocer la parroquia donde era el siniestro. Y todavía puede escucharse, profana, hidráulica y casamentera, la Torre de la Vela. No hace muchos años, un párroco conocido hizo montar un complicado carillón en la iglesia más asistida de la ciudad. Pese a la expansión vandálica del conjunto urbano, el viejo bronce sigue siendo un medio de comunicación para los granadinos. Algunos mensajes circulan por él. No quiero pensarlo, pero en esta ciudad todavía es posible que el rebato nuclear se diese con campanas del siglo XVI. (Dicho esto, acabo de advertir que es un buen ejemplo de la mala... sombra de mi tierra. Perdonadme, os lo ruego.)

HONRA Y REGOMELLO

Me honra estar en este acto junto a dos figuras tan destacadas como las que me acompañan. Y tengo el regomello de que quizá no se ha calibrado bien el desnivel por los organizadores. Es tal, sin embargo, que ellos pueden disimularme y mi proximidad no alcanza a rebajarlos.

Agradezco vuestra presencia y vuestra atención. Agradezco a la Universidad, y en especial al Claustro, su inestimable deferencia. Y agradezco a Granada su simple estar ahí, con sus vicios y sus virtudes, su concentración y su intimidad. Por ello, yo estoy aquí con mi malasombra, con mi chavico, con mi pesimismo desengañado que me lleva a ponerme siempre en lo peor. No viéndolas venir como los gallegos, sino viendo a las cosas irse, porque en esta latitud uno está para eso, para ver cómo se van las cosas, la vida, y sólo queda últimamente el irse mismo, la huella en el paisaje y la pisada en la tierra. Gracias por todo.

INTERVENCIÓN EN EL ACTO DE ENTREGA DEL PREMIO NACIONAL DE SOCIOLOGÍA Y CIENCIA POLÍTICA 2002

Francisco Murillo Ferrol

Catedrático Emérito de la Universidad Autónoma de Madrid

He leído en alguna parte que ninguna buena acción queda impune. Para comprobarlo basta leer ingenuamente del revés la prensa cotidiana. Aunque para personas de perfil bajo como yo, sería mejor estarse callado y parecer tonto, antes que hablar y despejar las dudas definitivamente. Pero temo que no me dejarían escaparme.

Quiero aclarar de antemano que me inscribo modestísimamente en una larga lista de ágrafos granadinos. Entre los conocidos, pese a todo, Ganivet, Pérez Serrano, Antonio de Luna, Arbolea, Nicolás Ramiro, Orozco, Gámir, Marín Ocete, Gallego, Manuel de la Higuera. No cito a Francisco Ayala, porque sería exagerado referirse a él como ágrafo. Habría que añadir los famosos médicos de las décadas veinte y treinta, que formaron el Houston de aquella época para Andalucía entera y para gran parte del país valenciano y murciano. Y agregar cientos de a pie que, silenciosos, produjeron poesía, ensayos, novelas, sin darlos jamás a la imprenta. Y, sin embargo, crearon una cultura artística y literaria en la que se integraron músicos como Falla, pintores como López Mezquita y Apperley, poetas de prolífica juventud como Lorca.

Hace años, en una calleja del Nürenberg reconstruido, entré en una tienecita de objetos musicales, buscando un cordaje que por entonces no se encontraba en España. El dueño, y único personal, me localizó rápidamente y me dijo que anualmente acudía al ambiente de Granada para tener largas sesiones de violín con un grupo de aficionados locales, algunos de los cuales resul-

taron ser amigos o conocidos míos. De los que yo ignoraba naturalmente esa actividad, que el granadino, artesano, menestral, oficinista o universitario, recataba de que se le tomara por un pretencioso cursi.

A este rasgo quiero añadir otro algo relacionado con cierto recelo ante el futuro; como un temor vago a lo imprevisto, a lo que pudiera tener mal final. No tuve tiempo de repasar el callejero. Me acuden a las mientes algunos nombres: Paseo de los Tristes, Tránsito de varios santos, Calle de Niños luchando, callejones de infinita melancolía, como el de Las Tomasas, o el de los abogados, camino del cementerio... Para mí se resume todo en la conocida anécdota, repetida en la entrada del Colegio Mayor de Santiago, donde el portero, con su apodo, contestaba cada mañana a los saludos de los jóvenes colegiales que salían: ¡Buenos días, Manuel!, con un severo ¡A la noche lo veremos!

No me atrevería a llamar a esto pesimismo (término con demasiada carga filosófica), sólo precaución, cautela ante la vida. Poso tal vez de peculiares vaivenes históricos. Cosas tal vez de antes de los árabes. Genotípica y fenotípicamente, creo que soy humilde portador de ambas características. Y debía confesarlo ante vosotros. Pero al azar, destino y carácter hay que añadir en mi caso la longevidad. (No os fiéis de los años que aparento. Tengo el doble.)

Todos nacemos, pues, con un buen zurrón de vanidades. Y cada uno hace lo que puede para desplegarlas por su vida. Hoy me toca a mí hacer de pararrayos de la vanidad. Primero, tanto amigo junto, y luego la *laudatio* implacable que acaba de perpetrar Salustiano. Sólo cabe decir ¡*Válgame Dios!* Para estos paroxismos vanidosos, tengo el recurso de recurrir a algunos latiguillos insolubles que me devuelven al suelo.

— ¿Por qué no se valora la tremenda labor apostólica de Juliano el Apóstata, creando mártires?

— ¿Por qué se olvida con tanta frecuencia que el matrimonio es la principal causa de divorcio?

— ¿Por qué la religiosidad vasca no ha sido capaz de producir hasta ahora homicidas autoinmolantes?

— Retirar de la circulación o censurar un libro es arrebatar al personal la libertad de no leerlo. ¿Con qué derecho? Todos debemos tener la libertad de no leer las cosas.

— Y, sobre todo, algo que me produce mucho desasosiego ahora: los historiadores insisten en que como país nos perdimos en su momento la revolución industrial, la revolución burguesa y el siglo XVIII completo. Me roe la inquietud de qué demontres es lo que nos estamos perdiendo ahora. ¿Lo olfatean siquiera los políticos?

Pero, viniendo a esta situación nuestra de ahora, al *hinc et nunc*, a vuestra abrumadora presencia, me siento obligado a tratar de explicarla. Al pronto parece que no hay nada de qué echar mano. Paul Baran, el economista americano creo que de origen húngaro, fue en tiempo viajante de comercio. De una

fábrica de anticonceptivos. Llevado de su celo, propuso un anuncio, una lápida en que se leía: «Aquí no yace nadie. Su padre usó NIMS». Un vacío de una rara especie que es el que temo encontrar yo cuando me despojéis de todas las vanidades con que hoy vuestro afecto me honra. Vanidad es igual a oquedad y, posiblemente, también lo contrario.

Por de pronto, en mi caso, el famoso azar, destino y carácter vino, como decía, unido a un factor biológico: la longevidad. Esa tremenda cosa de percibir la de gente que se ha ido quedando lastimosamente atrás.

Lo que me entristece al llegar a estos años es no poder pensar bien del hombre. Ni del progreso hacia la barbarie de la humanidad. Aparecemos inevitablemente fracturados en estereotipos e ideologías, que impiden entendernos y nos llevan demasiado a menudo a la coexistencia no pacífica. Todo desemboca en la lucha por el poder y, si se tercia, en la violencia. Está fuera de nuestro alcance eliminar la *radical malignidad* de la política. En ella, siempre se pisan huesos, como dijo lapidariamente Nicolás Ramiro Rico.

Comenzamos, al parecer, viviendo de cueva en cueva disputándonos las proteínas del bisonte. Y seguimos lo mismo. Ya no son de bisonte, y las proteínas se llaman de muchas maneras; *stocks options*, prebendas, atracos, nepotismos. Mientras hay muchos humanos que ni siquiera tienen cueva, ni bisonte, cada vez mayor proporción.

Así, tras largos siglos y jugando con las grandes palabras justicia, libertad, igualdad, hemos acabado en la democracia, que con frecuencia es sólo el resultado de la *búsqueda de eufemismos y retóricas para justificar el poder de alguien sobre alguien, enmascarando, disimulando*.

Concluyendo, por fin, *lo que nos reúne esta tarde lo veo claro*, dejando de dar más vueltas.

He sido profesor durante casi medio siglo. Han pasado ante mí miles de alumnos. Lo que significa miles de tormentos, de prédicas *ex cathedra*. Más algunos escritos; los indispensables. Sin embargo, no me agredieron. Salí ileso. Estuve en Departamentos con muchos colegas y sermoneé lo que pude también.

Por lo demás, conseguí no ser nunca nada, ni siquiera vicedecano, con todos mis respetos para los vicedecanos. Y me entremezclé con la tropa múltiple de los doctorandos. Curiosa situación en la que con juvenil decisión se cree en la irremediable oligofrenia del director de la tesis, aunque uno tiene que seguir adelante por la exigencia burocrática. Pese a lo cual lo notable es que seguí saliendo ileso. Lo que me ha quedado, al parecer, con abrumador comportamiento, son algunos amigos. Que han premiado, en definitiva, mi invulnerabilidad pese a las prédicas y pese a mi enojosa supervivencia.

Todo este acto, por grato que sea para mí, podría haberse evitado si me hubieran hecho callar la primera vez que hablé en público. Todo esto de ahora es la consecuencia de no haber callado a tiempo.

En definitiva: *Sobrevivir ileso a medio siglo de prédicas. Esto, si algo, es lo que justifica la decisión del jurado*.